

TITULO

COMARCAL 415

Carlos Rodríguez Garrido

CITA

*Igual que en un escenario
finges tu dolor barato
tu drama no es necesario
ya conozco ese teatro*

*La Lupe
Puro teatro*

DEDICATORIA

Juan, sin ti todo esto no hubiera sido posible

“Always in my heart”

¿Estás bien?

Sergi, todo esfuerzo tiene su recompensa

Agradecimientos

A Celia, Eva R., Eva P., Amparo, Paloma, Vero, Reyes y Tere, mis primeras lectoras.

A esa maravillosa pandilla serrana, que me apoya, nos reímos, comemos, nos enojamos, comemos de nuevo y volvemos a reír. Imposible, con vosotros, carecer de inspiración.

Para el pueblo de Vianos, todo lo mejor.

A Laura y José, con lo que me quieren.

A todos los que me animáis, día a día, a reanudar la marcha.

Gracias.

CAPÍTULO 1

Noviembre de 2008

En el instante que despertó su instinto le advirtió del peligro. Lo primero que sintió fue un lacerante dolor en algún punto indeterminado de la cabeza y las fuertes palpitaciones en el ojo izquierdo. Un escalofrío le recorrió la espalda, erizándole el pelo de la nuca. Se encontraba en medio de la oscuridad y el olor era insoportable. Hizo un amago de estirarse, pero estaba entumecido y las articulaciones apenas respondieron. Respiraba con dificultad y en cada inhalación un polvo fino le entraba por las fosas nasales, taponándolas. Humedeció sus labios reseco y agrietados; percibió un sabor amargo y salobre que le llenó la boca. Con un movimiento enérgico apoyó la mano en el suelo, hizo palanca y logró ponerse boca arriba. Un grito ahogado acudió a su garganta. Tenía el cuerpo totalmente agarrotado y el dolor fue, por un instante, insoportable. Al parecer se encontraba tumbado en un suelo áspero y helado. Si era un lugar cerrado o se encontraba al aire libre era algo que, de momento, no podía dilucidar. Con la palma de la mano palpó una superficie irregular, arenosa. Cuando la posó sobre su estómago descubrió, espantado, que se hallaba desnudo.

El corazón se le aceleró, la respiración cambió de ritmo y un líquido tibio empezó a escurrirle por el rostro. Pensó que la cabeza le iba a estallar de un momento a otro. Sintió en la boca el inconfundible sabor a hierro de la sangre. Siguió palpándose con cuidado. No parecía tener más heridas que la de la cabeza, aunque la piel helada, los miembros rígidos y su desnudez no presagiaban nada bueno.

El frío era espantoso, fuera donde fuera el sitio donde se encontraba.

Y aquel olor, un tufo indefinido que le llenaba los pulmones y le provocaba arcadas. Olía a orín y excrementos, quizá también a sudor. Para una persona de ducha y muda diaria resultaba muy difícil clasificar el hedor que flotaba en el ambiente. Respiraba en inhalaciones cortas y rápidas, como si así pudiera disminuir la intensidad de la pestilencia. Desde pequeño le había dado asco respirar por la boca, así que se sonó la nariz con los dedos e inhaló con fuerza. La náusea fue inmediata, girando a un lado la cabeza expulsó un líquido caliente y grumoso. Entonces pudo distinguir otro hedor, el penetrante y agrio de la putrefacción. Otra arcada pugnó por salir, aunque pudo controlarla.

Pensó que un animal muerto debía de yacer no lejos de él.

Hizo un esfuerzo para concentrarse. Era necesario mantener la calma y la mente despierta para analizar la situación, fuese la que fuese. Colocó una mano debajo de la cabeza y sintió de inmediato una leve mejoría. Volvió a escupir y a sonarse la nariz.

Sus pensamientos le trajeron a la memoria la tormenta. Había sido una nevada sorprendente para el mes de noviembre, incluso en la sierra. Los primeros copos empezaron a caer poco antes de las nueve de la mañana, mientras desayunaba en el bar de la plaza. Y fueron otros clientes los primeros en recomendarle que no cruzara al otro lado por el puerto de Las Cruetillas, que tomara el acceso por Salobre, una carretera de anchura decente, bien asfaltada y con menos curvas. En el caso de que la tormenta empeorase sería la única vía que mantendrían despejada.

No hizo el menor caso, por supuesto. Él conocía la antigua carretera como la palma de su mano y una ridícula nevada otoñal no le haría cambiar de planes. Además, para Enrique Nájera era una cuestión personal no usar una ruta construida más por razones políticas que prácticas, dejando la comarcal que unió en el pasado la Sierra de Alcaraz como un camino olvidado que se degradaba a pasos agigantados. El nuevo acceso convertía Vianos, su pueblo, en un remoto lugar que se descolgaba de algún impreciso precipicio, “por allá arriba”.

No iba a ser él quien viajara por Salobre, desde luego.

Al pasar el primer puerto, El Barrancazo, la nevada arreció, pero sin presentar peligro alguno para la calzada. Viajaba tranquilo, sin prisas, como siempre; saboreando cada rincón que esas sorprendentes montañas regalaban al viajero. No se cruzó con otros vehículos, poca gente tenía algo que hacer por aquellos parajes fuera de los meses de verano y paró en El Batán a tomar el segundo café del día para escuchar las mismas advertencias de Joaquina, la dueña.

—Enrique, es una locura, cae con fuerza. Da la vuelta.

Él la tranquilizó. Conduciría con cuidado, pero no tenía intención de volver. Si regresaba desde aquel punto no llegaría a la hora de comer a Riópar, donde sus tíos le esperaban.

La tía Mariana siempre le esperaba con todo dispuesto, a falta de añadir los trozos de la torta de harina. Unos gazpachos manchegos succulentos, con pollo y conejo y la cantidad exacta de especias para lograr el equilibrio de sabores. Su especialidad. Primero sacaba un buen plato del jamón que ellos mismos salaban, queso manchego y lomo de orza. “Y un solo vaso de vino,

que tienes que conducir”. Luego servía el plato de gazpachos y aunque le echaba una buena regañina por su gordura incipiente, se lo volvía a llenar. El tío Andrés, como siempre, se limitaba a observar la escena con sus grandes ojos oscuros, divertido.

Un cuadro familiar común y plácido, que aquel día, por un motivo desconocido, no iba a tener lugar.

Enrique recordó como al salir de El Batán, cuando la carretera giraba con brusquedad hacia el suroeste y enfilaba el puerto de Las Cruetillas, la nieve empezó a caer con una fuerza sorprendente. Su destino se encontraba justo en la otra vertiente de la sierra, donde el río Segura recogía las aguas y las canalizaba hacia el Mediterráneo.

Rememorar los acontecimientos más inmediatos le sentó bien, y a pesar del tenaz dolor de cabeza, el ejercicio mental le animó. Dobló las rodillas, respiró profundamente y se ayudó con los brazos para sentarse. Los calambres le hicieron gritar.

Maldijo su obesidad y el descuido con el que había convivido en los últimos años. No hacía ejercicio, le encantaba la cerveza acompañada de su correspondiente tapa y el sinnúmero de dietas que olvidaba a los pocos días era considerable. Dinero para planes de adelgazamiento tirado directamente a la basura.

Se llevó la mano al rostro y tanteó la gran inflamación de la frente, aunque no localizó el lugar exacto por donde sangraba. Ya tenía sangre seca en la cara y pensó que debía de llevar algún tiempo en ese estado. No podía abrir el ojo izquierdo.

Estaba bien jodido. Sabía que necesitaba asistencia médica con urgencia.

Poco a poco sus miembros se acostumbraron a la nueva postura y los calambres disminuyeron. Se frotó los brazos con ímpetu para darse calor mientras regresaba a sus pensamientos.

Poco después de la curva de El Batán la calzada ya estaba completamente blanca. Pero al llegar al “túnel de los duendes” volvió a despejarse. Era un tramo de unos cien metros en el que los pinos centenarios que había a ambos lados del camino unían sus copas y formaban un pasadizo asombroso. Un lugar único que tuvo embelesada a su hija Julia toda su niñez. Fue ella quien le puso nombre a una de las paradas ineludibles en que se convertía cada viaje entre Vianos y Riópar. Un viacrucis festivo cuyo preparativo ponía en vilo a toda la familia durante días.

Claro, que de eso hacía ya muchos años. Eso ocurría cuando aún eran una familia unida y feliz, cuando no hacían nada si no iban los tres juntos, ni se planteaban actividad alguna que no incluyera al kit completo. Había gastado muchas horas pensando en cómo se pudo joder todo con tanta rapidez y lo más probable es que jamás lograra averiguar la verdad.

Sacudió esas ideas de su mente, aún escocían demasiado, y además ahora todo era distinto. Contra todo pronóstico había logrado empezar de nuevo a los cuarenta y seis años y se sentía feliz por primera vez en muchos meses. Existían cosas pendientes, sí, pero ya lo tenía todo tan encarrilado...

Julia. A su hija le debía muchas explicaciones y el momento de darlas había llegado. Estaba todo a punto. Seguro que ella le entendería y estaría a su lado. Sí, tan pronto llegara la próxima semana se iba a sincerar con ella y después de aquello se sentiría aún mucho mejor.

Era el momento de volver a disfrutar de la paz y de la tranquilidad que se esfumaron de golpe un día cualquiera de otoño.

De una cosa estaba seguro, el tiempo de pedir responsabilidades había pasado, pero el de sentirse culpable también.

Recordaba a la perfección haber parado en el “túnel de los duendes”. Un capricho personal. Siempre le venía bien bajar en aquel tramo para pensar. Dejó el coche en medio de la carretera... ¿quién iba a pasar por allí? Encendió un cigarrillo, subió el volumen del CD y salió del automóvil. Los Red Hot Chili Peppers rasgaban el silencio del pequeño valle mientras la nieve caía alrededor. No tenía frío. Nunca hacía frío mientras nevaba.

Pero a partir de ese momento todo era oscuridad. No recordaba haber vuelto a subir al coche, tampoco que alguien se hubiera acercado. Nada. Una calada a su Ducados negro era la última instantánea de sí mismo que se alojaba en su cerebro.

Mierda, ¿qué demonios le había pasado?

¡Un robo!

Eso era. Había sido víctima de un robo.

Un Audi con apenas cinco meses era algo muy goloso, además llevaba ese móvil de última generación que nunca había sido capaz de usar adecuadamente. También el Lotus, claro, unos doscientos euros en la cartera, las tarjetas... Vaya, el hijo de puta que le había robado había sacado una bonita tajada con él.

Desde luego, la idea del robo era convincente, aunque bastante poco probable en aquella zona. Pero, ¿realmente se podía asegurar que allí esta-

ban libres de que ocurriera una cosa así? Sin olvidar que también podía tratarse de gente de paso, encontrándose con la golosina parada en medio de la calzada. Unos ladrones turistas tan locos como él que se habían aventurado en la Sierra de Alcaraz en plena nevada. Y por la peor opción posible.

Pero, ¿por qué tanta brutalidad? Se conocía bien y si las cosas se hubieran puesto feas, no habría ofrecido resistencia. No era ningún héroe. Pero era otra cosa lo que más le inquietaba: el hecho de que le dejaran desnudo en medio de la nada, con el helor de la nieve royéndole los huesos. Por más vueltas que le daba a la cabeza no parecía tener ningún sentido.

Le llegaron unos ruidos sordos. Aguzó el oído y respiró con lentitud, manteniéndose a la espera. A los pocos segundos los volvió a escuchar. Podrían ser golpes o roces. Alzando la voz, pidió auxilio dos o tres veces y luego siguió atento. Los ecos provenían de su entorno más próximo. Volvió a pedir ayuda.

Tras unos instantes de silencio, escuchó el inconfundible balido de una oveja. Enseguida siguieron más. Enrique se permitió una leve sonrisa a pesar del panorama. Le habían abandonado en una cuadra y la ecuación se volvía fácil: si había ovejas había un pastor y cuando este viniera para atender a su ganado le encontraría. Lo que Enrique Nájera conocía sobre el mundo bovino se podía resumir en dos cosas, eran animales que daban leche y lana. Así que ignoraba si balaban al amanecer porque tenían hambre o sed o simplemente porque se daban los buenos días. De lo único que estaba seguro era de que, tarde o temprano, el pastor acudiría.

Pensó en el momento en el que el cabrero lo descubriera en tal lamentable estado. Se iba a liar una buena en Vianos, desde luego. Y si sus tíos ya habían dado la voz de alarma, cosa bastante factible, el jaleo en aquellos mismos momentos podría ser ya descomunal. La velocidad con la que por allí corrían las noticias, sobre todo si eran malas, resultaba increíble.

A pesar de que su pituitaria se empezaba a habituar al repugnante olor, no lograba quitarse de encima la sensación de asco y el estómago era un ir y venir de arcadas y contracciones. Otro vómito le llenó la boca, lo dejó salir y se alivió de inmediato.

En ese momento, frente a él, vio una línea de luz.

Al principio no estaba seguro, podría ser una alucinación o un engaño de sus ojos, pero después de parpadear varias veces, se convenció. A escasa distancia de su cabeza había un punto de claridad que anteriormente no existía. La tenue luz fluctuaba y no siempre tenía la misma intensidad, pero allí estaba la señal luminosa que anunciaba su libertad.

—¡Aquí, aquí! ¡Estoy aquí!

El balido de las ovejas creció en intensidad. Escuchó el eco de sus pezuñas. Si el pastor había entrado en la cuadra estarían inquietas. Pero no llegó a sus oídos la voz humana que tanto anhelaba.

—Hola, ¿hay alguien ahí fuera? —volvió a gritar.

Se puso a cuatro patas, quería avanzar hacia el foco de luz, pero apenas se movió. Un guijarro se le incrustó en la rodilla y bramó de dolor. Encogido sobre sí mismo se acariciaba el nuevo foco de sufrimiento mientras esperaba a que la oleada de sudor frío terminara de recorrer su cuerpo.

Fantástico. A perro flaco...

—¡Oiga! Estoy aquí, alguien me ha encerrado. ¿Puede ayudarme? —respiró profundamente para coger fuerzas—. ¡Oiga! ¿Me está oyendo?

La idea de que el dueño del rebaño fuese sordo era demasiado fantástica. Tampoco iba a tener tan mala suerte, joder.

Con la mano tocó el suelo. Reunió un poco de tierra y pequeñas piedras y lanzó todo con rabia hacia la esquina del antro donde estaba encerrado. No se equivocaba, ese ruido opaco era el de la madera. Repitió la acción un par de veces.

Una puerta. Allí había una jodida puerta, una jodida luz y un jodido pastor más sordo que una tapia. Empezaba a estar hasta los huevos de la situación.

Arrojó más tierra a la puerta, mientras continuaba gritando.

—Hola, hola. ¿Me puede oír? Estoy aquí dentro, detrás de la puerta. Necesito ayuda médica. Me han robado, y... ¡necesito su ayuda!

Los animales estarían inquietos con la presencia de su dueño, porque al otro lado de la puerta se notaba una gran agitación. Intentó gatear de nuevo, pero el dolor en la rodilla era atroz. Lo que se le clavó le había llegado al hueso.

Otro punto de luz empezó a brillar, a la vez que oía con mayor claridad el alboroto de detrás de la puerta. Luego otro. Y un tercero.

¡Hostias! Al fin estaba abriendo la jodida puerta. El pastor mudo iba a entrar, descubriría al desaparecido y se acabaría la pesadilla. Justo a tiempo, desde luego, no hubiera logrado sobrevivir desnudo más allá de unas pocas horas. Esperaba que el hombre le pudiera dejar ropa de abrigo, o una manta. Recordaba la manta de lana que los pastores llevaban siempre consigo,

una pieza áspera y tosca, pero que le iba a venir muy bien sobre los hombros.

Instintivamente metió el sexo entre las piernas para ocultarlo. Bastante ridículo se encontraba ya y tampoco era cuestión de ir enseñando las pelotas a la primera. Sabía que era una acción absurda y grotesca pero que no podía evitar.

“A veces los seres humanos somos patéticos” —pensó.

Por lo visto, había gran cantidad de cosas tapando la puerta, porque le llevó un buen rato despejarla. Mientras lo hacía, se iban abriendo más puntos de luz. Los suficientes para que, de un vistazo, Enrique Nájera descubriera el habitáculo dónde había estado encerrado. Era una cuadra de paredes irregulares y en la que apenas se hubiera podido poner de pie. Calculó que el lado más corto del cuchitril mediría unos cuatro metros y el largo no más de seis. Carecía de ventanas y no halló ninguna otra ventilación visible. Tampoco encontró el animal muerto y pestilente que esperaba ver.

El crujido de la madera le sobresaltó. Siguieron unos golpes secos y el portón empezó a abrirse.

—¡Por Dios! ¡No sabe cómo me alegre! Ya estaba desesperado. Creo que me han robado y me han dejado aquí...

No hubo respuesta.

—...Pero no sé cuánto tiempo llevo en su cuadra. Estoy herido y necesito asistencia médica. ¿Sabe qué hora es? La verdad es que no sé si es de noche o de día...

Al fin logró entrever la figura oscura de un cuerpo humano. Una sombra sin rostro que empezaba a entrar en la estancia.

—Tengo un buen golpe en la cabeza que ha sangrado mucho y estoy congelado. Además, bueno... pues estoy desnudo. Sí, me han robado hasta la ropa. ¿Tiene usted algo de ropa para dejarme? Oiga... ¿Me está oyendo? ¿Entiende lo que le digo?

El tío era exasperante además de viejo, a juzgar por lo que le costaba abrir el portón, pero tampoco convenía irritarle.

—¿Sabe usted si ya habían denunciado mi desaparición? Me dirigía a Riópar, a casa de mis tíos y... ¡ah! ¿Dónde estamos?

Cuando la hoja se entreabrió lo suficiente, se perfiló una silueta ancha y de escasa estatura. Disponía de espacio sobrado para pasar a la cuadra, pero permaneció inmóvil.

Menudo gilipollas, ¿a este qué coño le pasa?

—Mire, no puedo andar. Me he jodido una rodilla... Voy a necesitar su ayuda para salir de aquí.

La negra figura que debía de conducirlo a la libertad seguía inmóvil en el quicio de la puerta. Dando un paso, se adentró.

Una señal de alarma se encendió en el cerebro de Enrique. ¿Y si quién entraba era precisamente el causante de su estado?

—Oiga, si lo que quiere es dinero...

Le pareció observar un ligero movimiento en la silueta inerte. Y descubrió el leve brillo a la altura de la rodilla.

—...Eso no va a ser problema. Tengo...

El hombre empezó a caminar hacia él con lentitud. Ese jodido cabrón... Todo lo hacía con una cachaza increíble y desconcertante.

El destello luminoso provenía de algo que le colgaba de la mano. Parecía ser un palo curvo. Recordó que la madera no brillaba.

—¿Se puede saber qué le pasa?

Enrique retrocedió unos centímetros instintivamente a pesar del dolor en la rodilla, en la cabeza y en todos y cada uno de los huesos de su maltrecho cuerpo; a pesar del penetrante frío, de su desnudez y corpulencia. A pesar de todo.

El utensilio tenía un perfil curvilíneo y titilaba al son del movimiento de la mano que lo portaba.

Se mareó. Por un momento fue como si su cabeza oscilara libremente sobre el cuello. La silueta, la claridad al otro lado de la puerta, todo comenzó a balancearse.

En el interior de su cerebro bailaban imágenes sorprendentes: Enrique, disfrazado de Peter Pan jugaba con los Niños Perdidos en el país de Nunca Jamás junto a Campanilla. Un inmenso y burlón Capitán Hook flotaba sobre todos ellos.

El capitán Hook...

De repente, la forma oscura que tenía ante sí se transformó en un fantasma. Llevaba una sábana que le cubría por completo y cadenas atadas al tobillo. Podía oír el ruido metálico cuando se arrastraban. Se elevaba sobre el suelo con suavidad, como una pluma. Una pluma negra.

La angustia volvió a comprimirle la garganta y el vómito se le escapó por la boca a borbotones.

El espectro siguió acercándose, implacable y silencioso. Enrique retrocedió otros pocos centímetros. El corazón le podía saltar en cualquier momento.

Intentó fijar la mirada en el rostro del individuo, suplicante, aunque la escasa luz no permitía distinguir sus rasgos.

Presa del pánico, se orinó.

Cuando la herramienta de forma curva se elevó sobre su cabeza levantó los brazos en un acto reflejo.

—Pero, ¿qué coño...? —balbució en un hilo de voz.

No llegó a terminar la frase. Enrique Nájera ya estaba muerto cuando su cuerpo se desplomó sobre el frío suelo de la cuadra.